

En la antesala

Me examino de la última asignatura de la carrera el próximo 22. No todos los días se examina uno de la última asignatura de una carrera. Yo, por suerte, es la segunda vez que lo hago. Al igual que esta vez, también en la anterior dejé anotado en un diario todo lo que hice ese día. Uno tiene esa manía. No tanto para que quede para la posteridad. La posteridad termina por lo general para mis escritos cuando cierro el cuaderno que los contiene. Simplemente me gusta reflejar el contexto y lo que me pasa por la cabeza ese día. Escribirlos me ayuda a comprenderlos. Esta segunda vez todavía no ha llegado, quedan cuatro días, pero ese día será muy diferente al de la primera vez.

Variarán en mucho. Por supuesto que el tiempo es otro, pero no es sólo eso. Antes, en Granada, deseaba que pasara el tiempo rápidamente para llegar al examen, hacerlo bien, y sentirme completamente feliz por haber terminado. Ahora es diferente. He hecho lo que suelo hacer cuando me estudio una asignatura, mis resúmenes, mis esquemas, y he mirado las preguntas de otros años, por si alguna vuelve a repetirse. El trabajo que habitualmente hago para una asignatura, ya lo he hecho. Eso no da ninguna seguridad, ¡cuántas veces me han suspendido con lo mismo en Física!; pero sí tranquilidad. He hecho lo que tenía que hacer. También antes me quedó una sola asignatura para terminar: Física Atómica y Nuclear. Ahora es Psicología de Grupos. La diferencia básica es que intento disfrutar de estos días previos al examen. No es que me vaya de juerga, que no. No es esa la forma de disfrutar. Estoy en la antesala de tener el título de psicólogo, y en la antesala ya se puede disfrutar. Quizá no apruebe y tenga que examinarme en septiembre (es una cuatrimestral del primer cuatrimestre y no hay posibilidad en junio), me da igual, seguiría estando en la antesala. Ahora con mi edad he aprendido a disfrutar de la antesala, tanto como del fin. No recuerdo bien quien dijo que la felicidad era el preámbulo de la misma. No tengo prisa por examinarme, es más, creo que echaré de menos la sala de los exámenes en la UNED de Úbeda. La tensión que supone recoger el examen, sentarse en los bancos y empezar a leerlo. Unos segundos antes, todo parece difuso, perdido en la cabeza. La certeza parece haberse quedado en la calle Gradass, antes de entrar en el edificio de la universidad. Me gusta mirarme hacia dentro: notar como el corazón va modificando su ritmo conforme se acerca el momento de recoger el examen; me fijo en mis manos, que por lo general se ponen sudorosas; pero también me fijo fuera, en los compañeros que intentan repasar en los últimos minutos algún punto que creen fundamental. La suerte, sin embargo, pienso que a esas alturas ya está echada. Una vez sentado, la lectura un tanto nerviosa de las preguntas, abre un mundo en tu cabeza en el que te sumerges de lleno. Es como si echara una envoltura alrededor de mí y

quedara casi aislado de todo lo que me rodea. Las preguntas hacen que te sitúes en lo aprendido, en el esquema que realizaste, y la respuesta suele saltar como un resorte luminoso. El conocimiento difuso de unos minutos antes, se hace diáfano. Ahora la gran diferencia es que uno se fija mucho más en el viaje que lleva a las cosas que en el momento de conseguirlas. Kavafis tenía razón en su poema *Ítaca*. Ahora en mi madurez, soy capaz de disfrutar de una antesala que en mi juventud me estaba vedada. Vedada claro por mi impaciencia. Ahora soy infinitamente más paciente, creo que con todo, y eso me hace disfrutar durante más tiempo. Las prisas en conseguir las cosas, en salir de una situación, a muchas personas se les vuelven en contra. No sé si terminaré el próximo miércoles, pero sí sé que llevo ya bastante tiempo disfrutándolo.

A. G^a Santiago